



Imágenes: Magdalena Kim, religiosa coreana

VJACRUCES

---- CUARESMA 2020 ----

ORACIÓN

Oh Cristo, que en medio de la pasión
revives toda tu historia de amor
con nosotros y la llevas a las puertas
de la muerte. Haznos comprender
que el grano de amor solo da fruto
si aprende a morir con confianza
en las manos del Padre.

Llévanos a contemplar
cómo en tu entrega por nosotros
nadie queda fuera del abrazo
de tu muerte, del abrazo de tu vida.

1. Jesús es condenado a muerte



Jer 18, 18:

«Tramemos un plan contra Jeremías, porque no nos faltará la ley del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni el oráculo del profeta»

¿Quién te defenderá entonces, Cristo que habitas la vida de los que quieren nacer de Dios, de los que quieren dar a luz su vida divina en el mundo, si a tu alrededor todos hacen oídos sordos al silencio triste de Dios, a su llamada inútil para que reflejen su imagen en la creación?

Tú solo, solo tú en tu silencio. Solo.

Jer 17, 5:

«Maldito quien confía en el hombre y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor. Será como un cardo en la estepa»

2. Jesús carga con la cruz



¿No has apartado tú, Señor, tu corazón de ti mismo para confiar en nosotros, para buscar nuestro apoyo y vestir de gloria tu creación?

¿Quién comprenderá que has profetizado tu propia maldición? ¿Quién comprenderá tu amor al verte coger esta cruz que te hace maldito, que te va a convertir en cardo seco y espinoso de estepa?

Hay algo más profundo en tu corazón que esta confianza que se reseca al contacto con los hombres ¿Serás tú mismo, en la maldición que aceptas, el río que reavive el campo muerto que te oprime?

3. Jesús cae por primera vez



Gn 4, 10:

«Dios dijo a Caín: ¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar desde el suelo»

¡Qué triste que tengamos que reconocer a nuestro hermano menor cuando está a nuestros pies abrumado por la humillación de quien tenía como misión abrir las puertas de su vida!

Parece, Señor, que no sabemos tener hermanos, que la vida nos aísla desde dentro con sus miedos. Sabes que tememos morir al contacto con la presencia del otro, que tememos dejar de ser, perder la figura.

Ahora nos haces mirar al suelo, escuchar el barro donde tu hijo está mezclado, donde está decreado por esta forma de ser nuestra. Ahora no nos preguntas dónde está, que lo sabemos, sino que solo nos invitas a darle forma de hermano.

4. Jesús se encuentra con su madre



2Sam 12, 15-18:

«El Señor hizo que el niño que David había tenido con la mujer de Urías enfermera de gravedad [...] El niño murió al séptimo día»

Te empeñaste, Señor, en unirme a esta humanidad que te había dejado de pertenecer, que dándote la espalda se había desposado con los ídolos. Y el hijo de esta unión padece gravemente tu osadía.

Tu esposa, hecha madre, ve impotente cómo está muriendo el fruto de sus entrañas. Por un momento viste en ella la vida perdida de tu amor puro y quisiste traer una nueva dinastía a la historia, pero el primogénito muere en el séptimo día.

Sin embargo, le escuchamos pedir que no la demos por perdida: “he ahí a tu madre”; que no nos dé por pedidos: “Mujer, he ahí a tu hijo”.

5. Simón de Cirene carga con la cruz de Cristo



Jon 1, 3:

«Jonás se preparó para huir a Tarsis, lejos del Señor [...], lejos del Señor»

¿Por qué a mí? Sabes que amo tus preceptos y quiero cumplir tus leyes, pero no fijas tu mirada en mí, porque cuando lo haces sé que me vas a herir.

¿Por qué yo? Mándame, Señor, testigos de tus afanes que yo acogeré sus palabras y les daré una casa confortable, pero deja de mirarme fijamente con la cruz en la mano, que sé que quieres que tu amor por los hombres sea mayor que mi tranquilidad de hombre justo.

Y es que no veo que la carga sea ligera y tu yugo llevadero.

6. La verónica limpia el rostro de Jesús



Sal 105, 4:

«Buscad al Señor y su poder.
Buscad el rostro del Señor continuamente»

¿Cómo sabrá distinguir nuestro corazón, atraído por la bisutería, el brillo verdadero de tu amor herido? ¿Cómo lo descubrirá en tu rostro entenebrecido?

Y luego de distinguirlo, ¿cómo haremos para que quede impreso en nuestro corazón? ¿Cómo para mirarlo en su dolor y ver en él solo tu amor, para tejer en nuestro cuerpo un paño que acaricie y sosiegue el dolor que encontramos en la vía dolorosa de la vida?

7. Jesús cae por segunda vez



Jn 8, 3-4:

Allí, en el suelo, en medio de sus acusadores, una mujer yacía bajo la carga de un juicio que quería enterrarla bajo un alud de piedras.

Más que la vida, más que al peso de sus agobios, es el juicio de los demás cuando nos desprecian y nos excluyen el que nos devuelve al suelo y nos hace sentir que volvemos al barro de una indignidad constitutiva, que nos amenaza siempre.

Estás ahí, Cristo, convertido en barro bajo la acusación; y ahí nos muestras que nunca soltamos todas nuestras piedras, que siempre aparece alguna nueva en nuestros bolsos.

8. Jesús encuentra a las hijas de Jerusalén



2Sam 18:

«Cuando David mató al filisteo las mujeres de todas las ciudades cantaban: “Saúl mató a mil, David a diez mil”. [...] Tiempo después, David subió acompañando y danzando para el Señor, y Micol, la mujer de Saúl, lo despreció»

¡Ay, Jesús, rey desechado de Israel!, las mujeres que te buscaban para ver tu poder y confiarte sus hijos lloran desconsoladas. Y en su corazón no saben si lloran por ti o por ellas mismas que buscaban, como siempre ha hecho la humanidad, un buen partido. Ahora que has abrazado el baile de muerte de los pobres y olvidados lloran la ruina del futuro, y quizá te desprecian con Micol.

Tendrás que enseñarnos a llorar el robo de tu amor y no solo la frustración de nuestras expectativas.

Job 2, 7-8:

«Satán salió de la presencia de Dios e hirió a Job con úlceras malignas desde la planta del pie hasta la coronilla. Job se sentó en el polvo y cogió un cascote para arrascarse con él»

9. Jesús cae por tercera vez



Mezclado con el polvo ya apenas pueden reconocerte tus amigos. Asustados, para encubrir su incapacidad de sufrir contigo en silencio, se inventan teorías y palabras que ocultan lo que sucede y les dejan tranquilos.

Solo a la cruz pueden aferran tus heridas como si su más grande dolor anulara los dolores extendidos por tu cuerpo.

Y a falta de amigos silenciosos, solo puedes agarrarte al barro. Es que sabes que, en el fondo, allí mismo están las manos del que llama la vida al ser, la vida a sí mismo.

10. Jesús es despojado de sus vestiduras



Gn 37, 14.23-24:

«Dijo Jacob a José: “Vete a ver si tus hermanos están bien”. “Estoy listo”, dijo él» [...] Cuando llegó donde estaban sus hermanos estos le despojaron de su túnica y lo arrojaron a un pozo vacío»

Mientras tratamos de absorber la mirada de los demás, su admiración en exclusiva, se nos revela ese miedo a la nada que nos habita, ese pozo vacío de nuestro ser que nos domina y nos incita a arrebatar el espacio que los otros recibieron de Dios.

Tú vistes nuestra desnudez (Gn 3, 21) por parejas, mostrándonos que solo si nos vestimos unos a otros de reconocimiento amanece el paraíso. Pero nos da miedo y seguimos encerrados en ese pozo vacío que nos habita y que nos convierte en peligrosos animales heridos.

Desnudo, tú y Dios contigo, preparas el futuro de la vida.

11. Jesús es crucificado



Jue 19, 25-27:

Un levita de Efraín, para proteger su vida, entregó a su concubina (sin nombre). Y todos abusaron de ella y la maltrataron toda la noche, y la dejaron al amanecer... y murió a la entrada de su casa que estaba cerrada por dentro.

Vivir, vivir más y mejor, a toda costa, aun a costa de los demás. Olvidar quiénes somos, convertirnos en una jauría de lobos hambrientos y despiadados. Violar la dignidad del que se cruza en nuestro camino o está a nuestro lado. Violarla por acción o por indiferencia, si con eso somos más, vivimos más, podemos más, gozamos más, ganamos algo.

Al cuerpo amante que nos diste, al cuerpo vivo y destinado a dar y recibir amor, le es arrebatado su destino. Ha sido crucificado.

¿Quién, en su silencio mortal, sabrá reconocer que ahí mismo vuelves a decirnos que el cuerpo está hecho para el amor, que tu cuerpo es solo amor?

12. Jesús muere



Sab 2, 24:

«La muerte entró en el mundo por envidia del diablo y la experimentan los que le pertenecen»

¡Tántas veces hemos sospechado que la muerte era tu castigo, que ahora apenas entendemos qué sucede! ¡Tántas veces hemos creído que la omnipotencia omnipotente era tu forma que ahora quedamos confundidos!

¿Aprenderemos que solo la envidia experimenta la muerte, pues el que la padece nunca podrá ser lo que no es, lo que es el otro? ¿Aprenderemos de ti que el que ama solo experimenta los dolores de una muerte que termina desapareciendo en el amor?

Inclina tu rostro, Señor, y entrégnos tu espíritu para que conozcamos la vida en la que la muerte se disipa.

13. Jesús en brazos de su madre



2Mac 7, 28-29:

«Te ruego hijo que mires al cielo y a la tierra y, al ver todo lo que hay en ellos sepas que a partir de la nada todo lo hizo Dios. No temas y acepta la muerte [...] para que vuelva yo a encontrarte en la misericordia»

Hablamos con los muertos intentando consolarlos con una fe que necesitamos para sobreponernos a la tristeza que se impone a nuestro corazón. Les decimos: No temas, déjate llevar que te recogen los ángeles del cielo. Se lo decimos para oírlo nosotros mismos.

Ahora tú, Cristo muerto y silencioso, dejas que luche nuestra fe, para que se diga a sí misma deseando la resurrección. Mientras tu Padre va preparando el encuentro del tercer día donde la misericordia no olvida a nadie.

14. Jesús es depositado en el sepulcro



Gen 23, 2-4:

«Sara murió y Abraham la lloró e hizo duelo. Después habló con los hititas y les dijo: Soy un emigrante sin tierra entre vosotros. Dadme un sepulcro en propiedad, entre vosotros, para enterrar a mi difunta»

Te enterramos, Señor amado, en una tierra prometida que aún no es nada. Te dejamos como semilla buena que haga brotar las primicias de la vida nueva. Te enterramos en esta tierra dura que no sabemos hacer tierra prometida, aunque así nos la ofreció Dios.

Te enterramos esperando que des el ciento por uno, esperando que abras el surco luminoso de los nuevos cielos y la tierra nueva.

Te enterramos en la vida de Dios suplicando entre lágrimas: Haz brotar ya la tierra prometida que tanto anhelamos. Y ven. Ven, Señor Jesús.